



El Rulfo de Cristina Rivera Garza

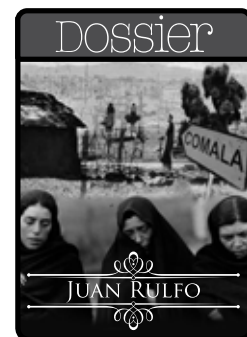
Roberto Sánchez Benítez*

La notable escritora Cristina Rivera Garza acaba de escribir un libro inquietante sobre Juan Rulfo que está siendo vetado por la Fundación que lleva su nombre por considerarlo difamatorio.¹ *Había mucha neblina o humo o no sé qué*² es una intervención creativa sobre una obra que según ella misma confiesa, le ha acompañado desde los primeros instantes en que comenzó a leer y escribir. Se trata de una lección de (des) apropiación de una obra que debe estar leyéndose constantemente, en este caso, de manera muy especial, a partir de las circunstancias que rodearon al autor, en particular, sus oficios para ganarse la vida, trabajos muy bien enmarcados en el periodo del llamado “milagro económico mexicano”, así como de la tarea de su presente como lectora y escritora, quien tendrá la osadía de hacer figurar en los silencios, o rumores rulfianos, según se le vea, presupuestos que ya estarán actuando desde el futuro que habrá de recordarlo. No hay límites de figuración para una capacidad narrativa como la de Rivera Garza, quien se propone algo más que una recreación de Rulfo y sus circunstancias, como es el de incorporar sus caminos andados como empleado de la Goodrich-Euzkadi, a partir de testimonios de gente que lo conoció por la sierra de Oaxaca, haciendo uso del recuerdo imaginativo de las fotografías que tomó de esos lugares agrestes, o tomando aquí y allá frases rulfianas que suenan de nuevo a otra cosa, que vuelven a nacer con el hechizo de quien las recuerda (la palabra es de quien la trabaja y ara con ella la tierra fértil de los sueños).

De los oficios desempeñados por Rulfo, y ya en la Comisión del Papaloapan (1955), Rivera Garza concluye que su labor nunca pudo haber sido menor. Rulfo está ahí para testiguar un antes y un después de la modernidad y para ser “testigo del estado de

deterioro, del estado de franca tristeza y desolación en que se encontraban las comunidades que por cientos de años habían reclamado las tierras de la cuenca del Papaloapan como propias.” (p. 117).³ Por ello, tenía que “utilizar sus habilidades con la palabra y con la lente para producir un paisaje desolador y, a la vez, un futuro promisorio. Las dos cosas el mismo tiempo.” (p. 118) Es la figura del ángel de la historia de Walter Benjamin la que le sirve a la escritora para internarse en las complejidades de la vida y obra rulfianas, así como su pasión por la letra y la imagen fotográfica. Señala Benjamin que la atracción por el pasado, la ruina, no puede entenderse sin el “jaloneo” del futuro que ya se cierne en el presente. Rulfo, al igual que el ángel de Benjamin, quisiera “detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado.” Sólo que un “huracán lo empuja irrefrenablemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso.”⁴

Rivera Garza no duda en poner próximas la actividad de la escritura y de la fotografía. Lo que retrata quedará tanto en las placas correspondientes como en la letra de sus textos: el abandono, la pobreza, los rituales, las sombras, la ausencia, los muros y bardas que delimitan y cercan la tierra haciendo fehaciente su posesión o propiedad (retratos del poder). Están los rostros que reflejan la tierra abandonada, seca, agrietada. Piel de la tierra que se extiende, uniendo a los seres que no se distinguen de ella: son su respiración, sus ojos, mi sed. El Rulfo de la escritora (“Mi Rulfo mío de mí que no intenta ni sustituir al tuyo ni eliminarlo, sino más bien multiplicarlo, expandirlo”)⁵ es, en consecuencia, el de la pasión por las ruinas, es decir, por lo que queda a pesar de



Fecha de recepción: 2017-09-21
Fecha de aceptación: 2017-09-28

*Docente-investigador de la UACJ.

¹ Véase Fabiola Palapa Quijas, “La Fundación Juan Rulfo se retira de la Fiesta del Libro y de la Rosa”, en *La Jornada* (abril 06, 2017), versión en línea <http://www.jornada.unam.mx/2017/04/06/cultura/a05n3cul>, así como la respuesta prudente y respetuosa de la autora “Carta a los lectores”, en su sitio: <http://langostaliteraria.com/carta-a-los-lectores/> (consultada: abril 07, 2017).

² Penguin Random House, México, 2017. Expresión evidentemente rulfiana dicha por el personaje Miguel Páramo cuando confiesa haber perdido a su amada en Contla y que no corresponde sino a la visión que tiene de la entrada al mundo de los muertos (*Pedro Páramo*, Editorial RM / Fundación Rulfo, México, 2016, p. 25). Sus apariciones en la vida de Eduviges parecieran haber servido de modelo a las que tiene Prudencia Aguilar con Úrsula en *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. Rivera Garza destaca dos párrafos que muestran cómo el modelo rulfiano está presente entre estas dos grandes obras literarias asombrosas: la una corresponde a la noche en que el padre Rentería no puede dormir y que es cuando muere Miguel: “El padre Rentería se acordará muchos años después de la noche en que la dureza de la cama lo tuvo despierto y después lo obligó a salir. Fue la noche



en que murió Miguel Páramo" (p. 92); el otro es, por supuesto, el meteórico inicio de la novela de García Márquez.

³ Todas las citas corresponden a la edición citada del ensayo de Rivera Garza.

⁴ Walter Benjamin, *Tesis de filosofía de la historia*, versión en línea en https://www.uv.es/fjhernan/docencia/curs2011_2012/unimajors2011/benjamin_historia.pdf (consultado: marzo 22, 2017). La filosofía de la historia de este pensador es una constante en los análisis de la escritora, ahí donde figura la idea del *collage* como estrategia textual de "alto contraste" compositivo y cuyo ejemplo lo es, por supuesto, su estudio sobre Rulfo.

⁵ Cristina Rivera Garza, "Carta a los lectores", versión en línea en <http://cristinariveragarza.blogspot.com/> (consultado: abril 11, 2017). El blog contiene una sección dedicada a esta (des) apropiación que ha venido realizado de su lectura de Rulfo, con el título de "Mi Rulfo mío de mí", al menos desde 2011.

⁶ El del incesto es otro entrañable tema bíblico encontrable tanto en *Pedro Páramo* como en *Cien años de soledad* y que remite, sin duda, como el de las hormigas, al desastre, al caos o desintegración. Un tema que no podremos desarrollar en esta ocasión, es el que destaca Rivera Garza, sobre la sexualidad de los personajes femeninos rulfianos, dotados de voluntad. ¿Será esto lo que más incomode a la Fundación Rulfo, así como fue censurada *Aura*, de Carlos Fuentes por una escena amorosa al pie de un crucifijo, o la interpretación de Paz sobre poemas eróticos de Sor Juana? ¿Estamos ante una misma maquinaria de censura?

todo, del viento, del tiempo, del habitar, de la inevitable caída de las cosas en el olvido. En efecto, los escenarios de *Pedro Páramo* (1955) están siempre en ruinas; son espacios derruidos, olvidados, llenos de recuerdos a manera de bultos que saturan habitaciones, pero donde se encuentra alguna alma que sigue viva, o donde es posible el descanso y el sueño. Espacios que guardan a la muerte o la memoria; que dibujan, a ras del suelo, una geografía anímica. Rivera Garza se detiene mucho en el espacio que deja ver un techo derruido, apenas sostenido en su medio cuerpo, como en el que se encuentran los hermanos desnudos, en esa escena incestuosa que hará temblar a las buenas conciencias mexicanas de mediados del siglo XX.⁶

Rivera Garza relata la forma en que Rulfo migra del campo a la ciudad, de forma que sus textos son, sobre todo, "textos en proceso de migración" (p. 69). Cuentan lo nunca visto por todos, aquello que sólo conocieron los que andaban en la bola revolucionaria. Rulfo escribe y ve para y por aquellos que, aunque se vean, no se reconocen. Sus libros serán leídos por gente de la ciudad. Escribe para los que no han visto, para los que nunca se han alejado de la ciudad y desconocen el misterio del México profundo. Sin embargo, estos textos no serán un paseo turístico por el alma vuelta tierra ensangrentada, todavía con los olores a la pólvora revolucionaria, llena de silencio por los muertos que la habitan, despojada del tiempo que crearon mientras se vivía. Son textos en proceso de transmigración que, viniendo de la oralidad se habrán de sumar a los murmullos que vuelan con el viento, arrastrados por los ecos, convertidos en el sonido de visiones fantasmales que buscan encarnar en la memoria de los vivos. Rivera Garza insiste en esta movilidad física, imaginativa, ficcional de los textos rulfianos que siempre están en tránsito, al igual que sus personajes. Nada pareciera permanecer inmóvil, aunque tal vez intangible. Todo se mueve, gira, vuelve, palabra que recorre palmo a palmo la tierra del alma, el alma de la tierra, los dolores, las visiones, las angustias, pero sobre todo, la poblada soledad

que nunca se está quieta, siempre fundada o establecida por los demás, creada por las relaciones intramundanas. A pesar de que Rivera insista en que el texto rulfiano resulta experimental en razón de su rechazo a la narrativa de la anécdota, no deja de ser cierto que algo se encuentra pasando siempre a los personajes, aunque sea su vinculación con la muerte; una vinculación paradójicamente inestable, interminable, inconclusa, no siempre simétrica. Acción de la palabra que no deja de acontecer y provocar acontecimientos imaginativos. Aquí, como en la famosa sentencia bíblica, en el principio fue el verbo: "Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo".